

La figura de José en el camino cuaresmal

La liturgia quiere acompañarnos en el camino de preparación para la Pascua. Por esto, de la misma manera que la celebración de la Inmaculada Concepción en medio del Adviento nos ayuda a poner la mirada en la Virgen Madre de Dios para que nos disponga para la Navidad, en estos días de Cuaresma se nos invita a fijarnos en S. José, el esposo de María.

La segunda lectura (Rom. 4, 13.16-18.22) nos acompaña año tras año en esta solemnidad de S. José. El apóstol Pablo hace una alabanza de Abraham, nuestro padre en la fe, aquel que esperó y creyó contra toda esperanza. La promesa que Abrahán recibió de Dios, para él y su descendencia, era gratuita e incondicional, solo había que responderle con una fe confiada. Abrahán respondió y creyó más allá de cualquier seguridad humana, sin más garantía que la palabra de Dios. Léida este 19 de marzo nos invita a ver también en S. José la imagen del hombre justo del Antiguo Testamento, fiel en todo a la voluntad de Dios. José recibe el anuncio del verdadero origen del hijo que María está esperando, recibe igualmente la petición de cumplir con el niño las funciones de padre, y la reacción de S. José confirma su atención a Dios y su disponibilidad. A nosotros se nos pide también en estos días de Cuaresma que procuremos vivir abiertos y disponibles para cumplir aquello que el Señor espera de cada uno de nosotros.

+++++

19 de marzo, Solemnidad de S. José, es fiesta de precepto. En nuestra parroquia el horario de Misas es el siguiente: día 18 misa de las 20h. Día 19, por la mañana 9, 10, 12 y 13 h. por la tarde 20h.

COMUNIDAD EN CAMINO

4º de CUARESMA
15 de Marzo de 2015
PP. DOMINICOS - MADRID

“Tanto amó
Dios al mundo
que le entregó a
su hijo único ”



NTRA. SRA. DE ATOCHA

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 www.parroquiadeatocha.es



La primera lectura expone la explicación religiosa del fin de la nación de Israel, la destrucción del templo, de los palacios, y el asesinato de muchos israelitas, “y los que escaparon de la espada los llevaron a Babilonia, donde fueron esclavos...”: se debió “a que todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades”. Fue un castigo de Dios. Pasarían setenta años antes que Ciro, el rey de los persas los liberara.

Por el contrario en la segunda lectura san Pablo nos habla de Dios “rico en misericordia, que, estando muertos por nuestros pecados, nos ha hecho revivir en Cristo”. En el texto del evangelio leemos el resumen de la actuación definitiva de ese Dios misericordia: “tanto amó Dios al mundo que les entregó a su Hijo para que no perezca ninguno de los que creen en él...”. El mundo al que envió Dios a su hijo no sería mejor que el pueblo de Israel en el momento de la deportación. No sería tampoco mejor que el nuestro de ahora. Pues bien: “Dios no mandó al hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él”.

Estas afirmaciones retratan al Dios de Jesús, al Padre, como él le llama, a nuestro Dios. Dios lo que quiere es que se cuente con él, que confiemos en él, que estemos seguros de que “no estamos dejados de su mano”. Frente a ese proyecto de salvación universal de Dios (en otro lugar se dice que lo que Dios quiere es que todos se salven y conozcan la verdad) cabe la posibilidad humana de no acoger a la luz, o sea vivir al margen de la verdad de lo que somos para Dios y de lo que Dios es para nosotros. Dios quiere la salvación, si hay condenación es porque los seres humanos, con capacidad a oponerse al plan salvador de Dios, a la verdad, a la luz, “prefieran la tiniebla a la luz”. Se prefiere la tiniebla se rechaza la luz, “no se acercan a ella para no verse acusados por sus obras”.

El pecado del que no hay salvación es el de no reconocerlo, y justificarlo a base de negar la evidencia de que está presente en nuestra vida. Lo que nos dice la verdad de lo que somos es vernos ante el Dios “rico en misericordia”, que desea nuestra realización como personas humanas, nuestra salvación, frente a las presiones externas e internas que nos deshumanizan. No vivamos dándole la espalda, ignorándolo.

2ª Crónicas 36,14-16. 19-23; Efesios 2,4-10; Juan 3,14-21

Son muchos los que se sienten mal al oír hablar de Dios. No pueden pensar en El sin experimentar su propia indignidad y pecado. Recordar a Dios es verse acusado. Para estas personas, Dios es exigente, el que de forma permanente e implacable reprocha nuestro vivir. Un Dios que nos devuelve la imagen de nuestra pequeñez y mediocridad. Imposible acercarse a El sin previa humillación.

Es normal la tentación de evitar a este Dios. En el fondo es defenderse de una experiencia fastidiosa. A nadie le atrae sentirse humillado, acusado de algo. Mejor tener a ese Dios lejos y olvidado.

Lo que no saben esas personas es que ése no es el Dios revelado por Jesucristo, sino una falsa proyección del “Superyo” del que habla *Freud*, ese “ojo eternamente abierto en nuestro interior”, que, vigila nuestros actos, recuerda lo que debemos ser y reprueba nuestras transgresiones.

Reconocerse culpable para transformarse y cambiar es signo de madurez, encerrarse en el remordimiento para condenarse sin piedad, es destruirse. Y, atención. La religión puede ayudar a vivir la culpa de manera liberadora y sana, pero puede también reforzar su desviación anuladora. Por eso, no basta con creer en Dios. Lo importante es saber en qué Dios se cree. El Dios de Jesucristo es radicalmente misericordioso. Para encontrarse con El no es necesario pasar siempre por una humillación previa. Ante este Dios Amor, la culpa se puede vivir de manera confiada. Uno se sabe resguardado y protegido, querido inmensamente por El. Cuando el creyente se entrega a su amor, el sentimiento de pecado no aleja de Dios, sino que acerca a El.

Ante Dios no nos hemos de sentir acusados, sino devueltos a la paz e invitados a la conversión. Recordemos en estos días de Cuaresma las palabras de Jesús: “*No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos... Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*” (Mt 9,13)